Oración de Pentecostés
Padre Pedrojosé Ynaraja Díaz

Señor Dios-Espíritu

Vengo simbólicamente a contemplarte en tres elementos propios de mi vida.

Eres semejante al **calor**. Te sentí, sin recordarlo ahora, en el seno de mi madre en el instante que empezó a existir mi vida y me sentó bien. Poco a poco fui descubriéndote y gozándote, satisfecho mí interior, siempre que consecuente con tus insinuaciones, amaba a mi familia, a los amigos, a alguien que entre los dos existiera cierto atractivo. Lo fui y sigo sintiéndolo cuando ayudo, a quien regalo, a quien ofrezco misericordia. Calor, fuego, inquietud, nunca dejó de estar conmigo. Latió acaloradamente mi corazón cuando te sentí próximo o dentro de mí.

Has sido siempre calor que ha reanimado mi desgana, ha alejado mi egoísmo, ha expulsado mis tendencias al mal. Haz, Señor-Fuego que sea amor que abrigue a quien está o se siente solo, a quien sufre incomprendido en medio de la gente, al que está incómodamente achuchado entre una la multitud indiferente a Ti.

Eres análogo al **agua.** Que brota humilde en diminuto manantial de montaña, que es río que se mece inquieto mientras atraviesa el llano, océano inmenso que separa o más bien relaciona los continentes´
Sin agua no hay vida, tampoco sin ti, Señor, no existiríamos.
Todo lo impregna si el sujeto no lo impide. Sé tú, divino Espíritu, quien copiosamente me invada y yo generosamente esté dispuesto a satisfacer la sed de vida, de gozo y de esperanza de cualquiera, cual el agua que mana de una fuente sin que se acabe nunca.
Eres similar a la **luz** que del sol nos llega. Aquella que al poco de nacer tuesta la piel, para que pueda protegerse de futuros malignos rayos. Aquella que alumbra e invita a caminar progresando por las diferentes rutas de la existencia.
Eres como la luz del astro sol que preside el cielo y organiza la existencia cotidiana. Día y noche son consecuencia de tal don.

La Luna, hijita, no se queda para sí la luz que recibe, suavizando la oscuridad que invade la noche. Que sea yo, Señor, también generoso como ella.

Sé bien que la Luna en ciertas ocasiones se interpone y la tierra sufre eclipses.
El hombre también puede atravesar noches oscuras del alma que le turban. Tales sucesos no son perennes. Que sepa yo siempre esperar que pasen tales circunstancias, sin perder la serenidad y la entereza.

Fuego, agua y luz recordadme que cualquier día, no solo el próximo domingo, puede ser Pentecostés.
Todo esto es verdad si dejo a Dios aproximarse a mí y otorgarme la Gracia.

Si así obramos, vuelvo a decirlo, siempre será Pentecostes.